

Os he manifestado, señores, el verdadero carácter de nuestro principio teológico. Habeis visto su inmensa capacidad. Comprende á todo el hombre y estrecha íntimamente el orden natural con el orden sobrenatural. Colocados desde esta altura, comprendereis que bajo la influencia benéfica de este principio, la razon no puede padecer extravío, ni el entendimiento esterilidad, ni la voluntad impotencia. Convencidos debeis estar de que en este orden, rigurosamente eclesíástico, todo ha tocado los términos de la perfeccion en el orden especulativo, y todo ha reunido las garantías de la felicidad en el sistema de lo práctico. Los más varios conocimientos vienen á filiarse en la moral católica, que les da sus títulos y gobierna su aplicacion: nada ha quedado por definir ni por resolver, desde que la razon humana ha entrado en los caminos de la fé, y el albedrío se ha colocado bajo la in-

fluencia de la gracia. He llamado tambien vuestra atencion hácia las escuelas filosóficas de nuestra época. Las conoceis, y á la vista de los secretos resortes que han puesto en accion las facultades de sus jefes y de sus discípulos, estais presenciando el mismo cuadro que ostentaba el mundo antiguo en el tiempo de los sofistas. Con algunas variaciones en el colorido y en la forma, con algunas novedades más ó menos accidentales, con cambios sucesivos en las decoraciones, estamos viendo representar el mismo drama con diversos actores. ¿Qué habeis encontrado, señores, de positivo, grande y verdaderamente social en esos arranques frenéticos de la inteligencia, en esos vapores malignos de las pasiones políticas? Triste es decirlo; más triste el conocerlo: muchas palabras; pocas ideas: innumerables teorías, pocas verdades; proyectos sin fin, ningunos resultados; promesas fastuosas, pero miserias, horrores y crímenes por todas partes. Tal es el fruto de las escuelas filosóficas. Ellas no podian producir por cierto otros resultados, cuando partiendo de la independencia de la razon, han comenzado su carrera de progreso introduciendo el cisma, digámoslo así, entre los elementos primitivos y esenciales de la verdad del bien, ¿Qué podia resultar de aquí?

Hable por mí uno de los filósofos que no pueden inspirar grandes recelos á los más entusiastas partidarios de la libertad.

“Uno de los más peligrosos errores de nuestro siglo, dice Lammenais, es no considerar al hombre bajo otro aspecto que el de sus relaciones para con el hombre, y el separar en lo absoluto la sociedad presente de la sociedad futura, á la cual quiso Dios que todo estuviese subordinado en el orden que se dignó establecer. Ya desde entonces esta sociedad pasajera, lo mismo que el hombre, ni tiene fundamento alguno en que apoyarse, ni objeto con quien estar unida. Puesta en la necesidad estrecha de crearse fuera de la naturaleza un nuevo modo de existencia, marchan al azar de ensayos en ensayos, de revoluciones en revoluciones; y la vemos con espanto atravesar rápidamente espacios desconocidos, como si se sintiese perseguida por un funesto genio. Bajo el imperio exclusivo de las constituciones humanas no hay poder, porque el hombre no tiene derecho de mandar al hombre: no hay deberes tampoco, porque, ¿en virtud de qué habia de deber el hombre alguna cosa al hombre? Luego desorden absoluto, luego muerte”.

“Y no será esta la causa secreta de esas agitaciones que fatigan á la Europa de treinta años á esta parte? Difícil me parece el que no se advierta en la mayor parte de los pueblos no sé qué vaga inquietud que los impele constantemente al cambio, un mal estar general, y como una penosa dificultad de ser. Cerradas las puertas de la vida, se buscan otras nuevas: he aquí lo que se llama el movimiento del siglo, el progreso de las luces y de la civilización: palabras pomposas con que nosotros nos empeñamos en cubrir nuestra irreparable miseria. Nada más que esto pretende nuestro orgullo degradado: sobre un esqueleto inmundo, echa un manto púrpura, y vedle aquí contento.”

“Después que se ha perdido la verdad, quieren reemplazar su falta con la ciencia; pretenden que esta sea todo en la sociedad, religion, moral, felicidad: empeñanse por último en que los hijos de Adán vivan del fruto que mató á su padre.” (1)

¡Oh si la profundidad de este último pensamiento llegara á sondearse por los hombres que más

(1) De l'education du peuple.

influyen hoy en los destinos de la sociedad! Su reinstalacion, señores, seria infalible, y nada problemático su progreso hácia la felicidad! Por lo que á mí toca, me basta poner aquí las escuelas filosóficas enfrente de nuestra doctrina católica, dejando á vuestra discrecion y sabiduría que decida, si en la cuestion de la enseñanza y educacion pública debemos incorporarnos en ese laberinto de sistemas, que sin embargo de su variedad y oposicion, tienen todos de comun el designio de regenerar la sociedad con la aplicacion de ese funesto principio que le dió la muerte desde que apareció en el mundo; ó si ménos presuntuosos y más prudentes, hemos de volvernos hácia esa otra escuela, que nos ilumina toda la esfera del saber con la doble antorcha de la razon y la fé, y nos comunica ese vigor divino que nace de la concordia, de la naturaleza con la gracia.

Pero sin transicion, de nuestras ideas sobre el principio á nuestras convicciones sobre los medios.

## VI.

Estos no son en la realidad, señores, sino el mismo principio en el vario sistema de sus aplicaciones, su metódico y profundo desenvolvimiento en el progreso de la inteligencia y en el gobierno del corazon. Esta aplicacion ha de hacerle resplandecer por lo mismo, en las doctrinas, en las prácticas y en las personas á quienes esté cometida la direccion general y particular de este colegio. La pureza y universalidad de las primeras, la bondad intrínseca de las segundas, la suficiencia de las terceras, deben hacer esperar que los medios, tocando al objeto por una parte, y al principio por otra, muestren una sucesion continua, ordenada y sistemática en los pormenores, y una perfecta unidad en el conjunto.

Mas qué, se dirá: ¿el principio teológico puede estenderse hasta esos ramos que giran con absoluta independendia de los misterios? ¿El principio teológico puede bastar á todos los pormenores que en sí contiene el gran sistema de la educacion? ¿El principio teológico exige de parte de los regentes mayor número de garantías, que las que prestan un talento claro, un saber profundo y una conducta honrada? Señores, he aquí tres cuestiones que no han dejado de movernos una filosofía bien conocida, con un plan bastante indicado en el órden con que las he propuesto, y con unas miras detestables, que ha venido á poner en claro la experiencia de un siglo. La filosofía incrédula, despues de haber sufrido todas las derrotas en el campo de la controversia, buscó en el descrédito de los seminarios recursos nuevos para ganar el triunfo.

Era preciso argüir de limitada la instruccion eclesiástica, y resolvió negativamente la primera cuestion: era preciso argüir de insuficiente para la cultura social la educacion eclesiástica y por tanto el deismo resolvió la segunda en el mismo sentido, para que el siglo adoptase su código de urbanidad: era preciso secularizar los colegios, y la filosofía resolvió negativamente la tercera

cuestion. Es tambien preciso, para honor de una causa tan digna, hacer ver la universalidad del principio teológico en el sistema de la enseñanza, la suficiencia de la educacion religiosa en el órden social, la importancia del magisterio eclesiástico en esta clase de establecimientos.